

LIBROS

Junto al río
con Delibes

Devoramos el libro (1) de un resuello que llega a horadar la madrugada. Durante el banquete, el lápiz va sembrando de llamadas sus márgenes, las orillas de este río sonoro y palpitante que Miguel Delibes ha hecho nacer golpeando con su caña la roca, para nosotros tan dura, del lenguaje. A estas fiestas nos tiene habituados el académico vallisoletano: se hunde en su soledad provinciana, inicia una cachazuda cuenta-atrás en la que el tiempo tiene perdidos ritmos antiguos y, justo cuando vamos a preguntar "¿qué estará haciendo Delibes?", retumba su Cabo Cañaveral y salta al espacio un nuevo satélite, cuya órbita, perfecta y fulgurante, provocará torticolis exegéticas.

Menéndez y Palayo escribió que el estilista deseoso de pulir su pluma, después de estudiar a fondo la obra de Quevedo, tiene todavía mucho castellano que aprender en Baltasar Gracián. Lo que pasa es que el "ilustre polígrafo montañés" careció de la oportunidad de catar la prosa de nuestro escritor-cacador-pescador, que levanta la palabra oculta en el rastrojo o la iza a pulso en su aparejo del vivo torrente popular.

Uno se consuela ahora de haberse mantenido siempre lejos de toda afición a la pesca. Porque tal lejanía le permite afirmar sin ambages que *Mis amigas las truchas* está muy lejos de ser un libro que tan sólo pueda ser disfrutado por quienes comparten con su autor la afición piscícola. Lo cual tampoco quiere decir que su lectura, al desvelarnos los ingredientes más íntimos de esta pasión, no llegue a inspirar al profano cierta envidia tardía hacia la profunda vida interior que, según se puede ir viendo, subyace en las horas fluviales de todo pescador fetén. Esta vida —diríamos que mística—, recogida en el carrete de un anecdotario en extremo colorista y vivaz, constituye, tal vez, el pri-

(1) *Mis amigas las truchas*. Miguel Delibes. Ediciones Destino. Colección Ancora y Delfín. Volumen 523. Barcelona.

mer don con que el libro nos regala. "El pescador de truchas —dice su prólogo— es un ser generalmente hermético que reserva para sí sus descubrimientos". Por eso es de agradecer el hecho de que ahora se nos entregue este diario, donde, "a lo largo de cinco temporadas yo he ido anotando lo que me sucedía día tras día en la ribera del río sin omisiones, reticencias ni ambigüedades".

Pero, por fortuna para nosotros, el autor ha ido anotando también, justo a lo que "le sucedía", el caudal de reflexiones que poblaron sus horas ribere-



Miguel Delibes.

ñas. En efecto, aunque él no nos lo diga, Delibes ha ido volcando, día a día, en estas páginas, su amor, transido de inquietud, por la Naturaleza, su aguda observación acerca del animal —y, por lo mismo, del hombre—, hasta el punto de que el libro trascienda y llegue a ser de todos.

De ahí que el segundo don de este volumen sea, sin género de duda, su dimensión ecológica. El libro es, entre otras muchas cosas, una silenciosa llamada al equilibrio, puesta por el autor, con humildad inteligente, en boca de la Naturaleza misma: "la sirga, la moheda, la ladera de robles —donde ayer sentí cantar tímidamente el primer grillo del año—, las veredas invisibles del soto..."

Tan sólo citaremos, como botón de muestra, un pasaje cuya belleza estremece al darnos la medida que puede alcanzar la relación pescador-pezuca cuando el deporte se practica dentro del ritual que Delibes nos va descubriendo. Y es el de "la trucha" del Rudrón —río, por lo demás, especialmente querido para el

autor—: "Justo a esa hora se produjo la primera satisfacción: el apresamiento de la trucha acechante de la poza de Valdelesteja, vieja conocida mía. A este ejemplar, sorprendentemente oscuro para el Rudrón, vital e incansable, lo tenía localizado desde que alevín sobre una peña clara, sumergida en un tojo de aguas cristalinas, próximo al balneario, de manera que bien puede decirse que, literalmente, a esta trucha la había visto nacer, lo cual agrega a lo deportivo una faceta sentimental. Creo que ni una sola vez en mis frecuentes paseos por este río dejé de verla, inmóvil sobre la piedra, subiendo de repente a la superficie para engullir un mosquito y retornando, de inmediato, a su observatorio habitual". Y sigue el lance.

De "banquete" hablábamos al iniciar este reseña. Y no parece congruente concluirla sin volver sobre el lenguaje, bandeja áurea que, a su vez, trasciende de la mera función trasmisora, para erigirse en manjar, en alimento, aliñado en viejas fórmulas extraídas de la mejor cocina castellana. ■ BERNARDO DE ARRIZABALAGA.

¿Medios de masas
o medios
de públicos?

La vieja idea —vieja en la medida en que puede serlo una teoría referida a la radio y la televisión que presentaba a los "mass media" como totalitarios violadores de masas indefensas y pasivas, y que se impuso a raíz de los primeros estudios norteamericanos de sociología de las comunicaciones, resulta hoy difícilmente sostenible. Como ha perdido también interés la interminable y nunca resuelta discusión en la que se enzarzaron los sociólogos durante los años sesenta —y que aún aflora de cuando en cuando— sobre si las escenas de violencia en la pequeña pantalla tienen poco o mucho que ver con el aumento de la criminalidad en nuestras ciudades. Todos recordaremos los términos en que se planteaba este último debate; ejercen las escenas violentas un efecto catártico sobre el espectador o le incitan, por el contrario, a la delincuencia?

Parece demostrado, en cualquier caso, que ni los medios

son tan todopoderosos como se creyó en un principio, ni sus audiencias, tan homogéneas y fáciles de manipular. Hoy se sabe que para que puedan actuar los medios en un sentido determinado, tiene que existir previamente un caldo de cultivo. Un mismo programa será recibido de distinta forma y producirá efectos diversos según los gustos y tendencias del receptor, que estará a su vez condicionado por las normas y valores de sus grupos de pertenencia o referencia.

Todo estudio de efectos, señala Jean Cazeneuve en *La sociedad de la ubicuidad* (1), que considere al receptor como un ente abstracto y pasivo, conducirá a resultados falsos. No existe un "homo mass mediaticus" ideal, ni los mensajes actúan en una campana de vacío. La realidad es mucho más compleja que todo eso, y cada individuo constituye una especie de encrucijada de pulsiones, intereses, roles, valores, sanciones, que influirán de diversas maneras y en grados distintos en las condiciones de recepción de los mensajes.

De ahí las limitaciones de todo estudio que se centre exclusivamente en los efectos, y la recomendación del sociólogo Cazeneuve sobre la importancia de un análisis de las funciones, que nos descubra a través de qué mecanismos la televisión desmitifica o desacraliza lo real, acercando entre sí a las clases —creando, "Eco dixit", condiciones de interclasismo—, introduciéndonos en culturas y subculturas cuyos símbolos nunca antes habíamos compartido, tornando familiar e íntimo lo que nos era ajeno, pero como al mismo tiempo nos presenta como buena una realidad mediaticizada, interpretada, reconstruida. Con lo de nuevo hace su aparición el mito: en la falsa identificación entre el acontecimiento desnudo y su versión espectacular a cargo de los media.

No son temas ciertamente novedosos. El propio Cazeneuve los aborda en otros libros suyos, por ejemplo, en *El hombre telespectador* (2), publicado en Fran-

(1) Cazeneuve, Jean. *La sociedad de la ubicuidad*. Comunicación y difusión. Colección Comunicación Visual. Barcelona. Gustavo Gili, 1978. Traductor: Ramón Font.

(2) *El hombre telespectador*, editado también por Gustavo Gili, se publicó en Francia en 1974, mientras que *La sociedad de la ubicuidad* data de dos años antes.